AÑO XII.
Nº 539

EL DIA

MONTEVIDEO,
MAYO 16 DE 1943.



EL HIGUERON GERMINA EN LA COPA ESTRELLADA DE LAS PALMERAS, POR CUYO TRONCO VA DESLIZANDOSE HASTA LLEGAR A LA TIERRA, DONDE ENRAIZA. INMEDIATAMENTE LA APRIETA EN ABRAZO HASTA EXTRANGULARLA PAGANDO DE ESA MANERA EL GENEROSO SOSTEN; LECCION TERRIBLE DADA POR EL ARBOL PARASITARIO. EL HIGUERON APARECE AQUI SIN HABER LLEGADO TODAVIA AL SUELO, ENLAZANDO EL TRONCO DE LA PALMERA COMO UNA SIERPE DE LA ESTAMPA BIBLICA EN TORNO AL ARBOL DEL BIEN Y DEL MAL, CONTRIBUYENDO ESE DRAMATICO ABRAZO A DESTRUIR LOS PALMARES DE CASTILLO (DEPARTAMENTO DE ROCHA), DONDE FUERA TOMADA ESTA NOTA.

R. y J. CARUSO
FOTOS

LA LAGUNA DE VEINTE TOROS



UN EXTREMO DE LA LAGUNA

CERCA de Trinidad traza la Cuchilla Grande Inferior una estrecha y prolongada curva, unida hacia el Norte y abierta hacia el Sur. De sus sinuosas faldas y de sus quebrados planos manan numerosas fuentes, que a su vez engendran cañadas y arroyos, que al unir sus aguas en un solo haz, forman el Río San José.

Este, luego de correr algún trecho por el Departamento de Flores, entra con lento movimiento a la jurisdicción que lleva su nombre. De las sierras de Gauycurú, de Mahoma y del Pintado, se desprenden copiosos tributarios que ensanchan sus aguas. A dos tercios de su marcha toca en la ciudad de San José, y tras una leve desviación hacia el Este, vierte su caudal en el Santa Lucía. Desde su nacimiento a su desagüe ha corrido unos 150 kilómetros. No es mucho según la medida de los números, pero en cambio, pocas veces un río está destinado a ser más bello y a reflejar con más maravillosa pulcritud, el divino encantamiento de la belleza. Yo diría, que de cuantos he visto, es el San José el río de la claridad.

Su agua se abre a la mirada con dichosa transparencia. Se aproxima suavemente a la levedad del aire y de la luz. Donde se remansa, su espejo líquido es tan fiel a las gradaciones y matices del color, que pocas veces el paisaje se habrá duplicado en el sueño de la imagen, con una realidad que haga olvidar más el misterioso simulacro de los sueños. Y añadiré que es un río clásico, un río para los Teócritos, los Virgilios y los Garcilasos, un río que muestra sencillamente su fondo, como la música de un caramillo nos muestra el alma del pastor.

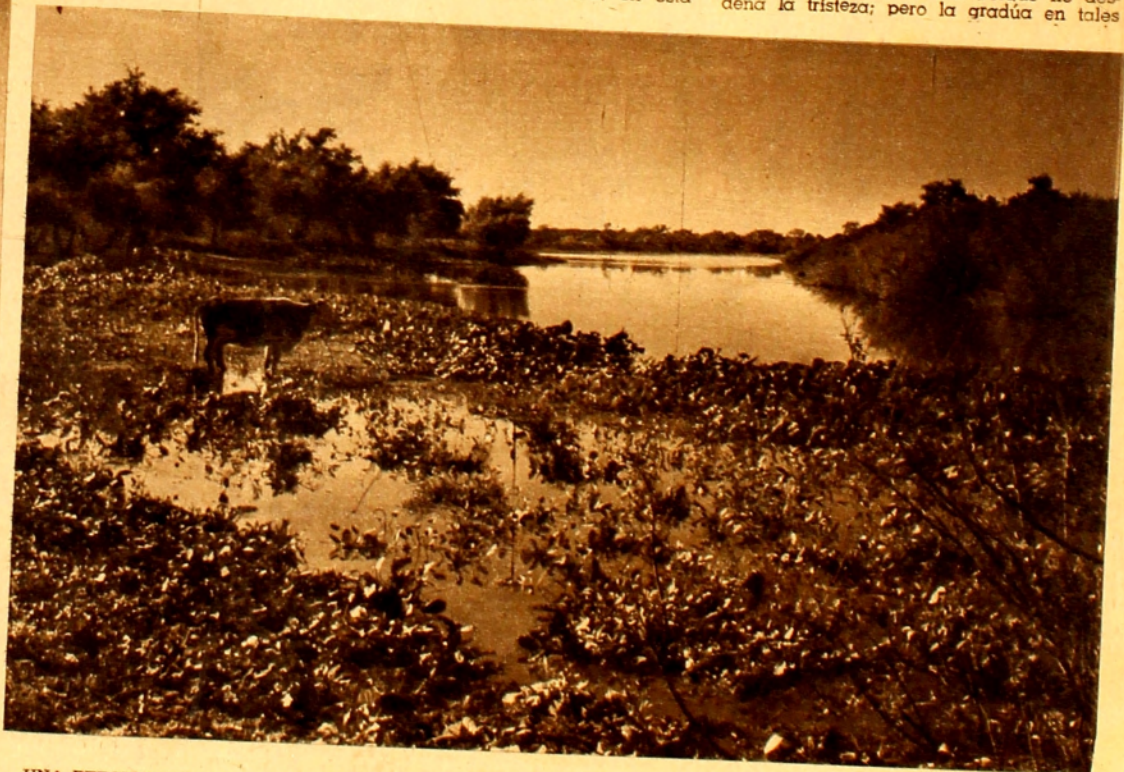
Si desde la ciudad de San José tomamos hacia el Sur por las márgenes del río, a no menos de dos kilómetros nos sorprenderá un ensanchamiento desproporcionado y extraño de su cauce, que en forma de lago dibuja una amplia elipse de aguas, tan quietas y tan puras, que se dirían el símbolo de un alma detenida en su vuelo por la beatitud del éxtasis. Complace a los ojos la dimensión de su contorno, tan proporcionado a la capacidad de su mirada, que de una vez ésta la ciñe en su diáfana curva. Reina allí una calma única, y trasmite a quien la contempla no sé qué misterio de la serenidad, donde los nervios, deseosos de descanso, se adaptan a una placidez y a una dulzura tan dichosas, que la contemplación se prolonga, y teme quebrarse, por no destruir el sortilegio de aquel sosiego amoroso. El río, antes de echarse en ese ensanchamiento, gracias a un islote, divide en dos su cauce, y hacia la izquierda ha reunido un brazo de arena que a ciertas horas rutila sus calientes topacios junto al fresco zafiro de las aguas, y a la viva esmeralda del monte. Un crespo y jugoso arbolado bordea el conjunto. La húmeda fertilidad devuelve a la orilla, en copiosa savia, la pasión del abrazo. El árbol indígena esponja sus follajes, y rompe en el aire, — milagro de la flor, — su caja de colores, aún en este otoño, cuando ya las hojas más suaves amarillean con tierna palidez. Franjas de camalotes se aventuran en el agua, y encienden, sobre las pantallas verdes de sus hojas, las leves lucecitas de sus flores. La vegetación se hace a trechos enmarañada y salvaje mas de pronto un sauce suaviza el ámbito cubriéndose pudorosamente con su túnica de melancolía y de silencio. Profunda es el agua, y el espectro del cielo, es su fondo. Por momentos sentís que la tierra ha formado un ojo perfecto para contemplar en las alturas la rueda de los días. Aquella pupila enorme se complace en colorearse con el iris de las horas. Hay un amor acorde cromático entre el universo y esa líquida pupila que lo contempla. Nunca una mirada más dócil y una compenetración más íntima. El ave que flecha el aire, corta en imagen la diafanidad del lago. La nube viaja a la vez en la altura celeste y en el ámbito milagroso del espejo. El sol duplica su escudo de fuego. La luna arroja al lago su isla de nieve. La pradera de estrellas sumerge su fantasma en los cristales amorosos, y al temblar el agua en esa caricia delicada, los astros danzan, persiguiendo el ritmo de las flautas del aire.

Si desde un extremo de la laguna miramos las tierras circundantes, observamos dos praderas que el árbol fija en la mirada, ya solo, ya en breves conjuntos. A izquierda y derecha, ambos planos descienden en pausadas gradaciones, desde el horizonte, como si quisieran hablarse de orilla a orilla con el doble labio de la laguna. Ese diálogo parece avivarse a la hora del ocaso. Lo escuchamos y lo vemos. Uno y otro prado hablan desde el monte de las riberas, con el lenguaje de las aves. Es la hora de los dulces retornos. Se oye el canto que sigue al canto, trazando rutas de música en un aire de suavizado oro y de finas vibraciones violetas. Y los pájaros que van y vienen entre ambas márgenes, son cual alígeras flechas impulsadas por los arcos del lago, para llevar y traer las palabras que no se atreven, por el pudor de la hora, a quebrar el sagrado silencio por donde va entrando la noche. ¡Idioma con alas, poema para el oído oculto de los ojos!...

Imposible traducir este recogimiento, este modo menor, dulcísimo, que se desprende como una melodía desde la hora agonizante. Sabemos que esta agua se mueve, pero es tal su lentitud, que nuestra sensibilidad no llega a percibir la fuga del líquido. El aire duerme como una gloria olvidada sobre la corona de los árboles. El sol cae al occidente en el mar de su propia sangre. La estrella de Venus hace más honda todavía la soledad de los cielos, y debajo del agua engarza su diamante en el oro de la irrealidad. Hacia el fondo, una hilera de aves acuáticas se ha inmovilizado, como si su vida olvidasen de vivir. Dos bueyes rojizos contemplan el agua, tan próxima a ella su cabeza, que el aliento enrula el emocionado cristal. La superficie del lago se tapiza con una seda de transparente niebla, tan sutil y vaporosa, que la brisa, en extremo lenta, apenas la siente con sus nervios de perfume. Un vaho de misterio sube de las praderas. Remotamente, el humo perezoso de una hoguera desenrosca su serpiente sobre los tonos vacilantes que se van disolviendo en el llegar de la noche. De inmediato una estrella punza el infinito. Una rama desgajada raya el recogimiento. El salto de un pez abre y cierra con su relámpago el reposo del lago. Los nervios aguzan y afinan su red sobre la vaguedad y el desvanecimiento de las cosas. La sombra tarda en llegar, como si temiera desmenuzar los colores, los matices somnolientos, las gradaciones que se van uniendo unas a otras para caer, unidas y desmayadas, en la herida de las soledades. Ciérrase una flor del día, y ábrese una flor de la noche. Sobre la perdida valva de un molusco, cae un pétalo amarillento. ¡Beso de cenizas! Unas ovejas han llegado hasta el linde del agua. Están en fila. Miran y no miran las cosas que las rodean. Prolongan y bajan el cuello. Como si soñaran; beben. Permanecen luego en una quietud ritual, tan serena, que el alma del crepúsculo baja hacia ellas y besa la dulzura de la hora en la profundidad de sus ojos. De inmediato, con paso lento, entran, como emociones, en el alma de la selva. Perseguimos después el vuelo de un pájaro. Corta en dos la brisa con la flor de su pecho azul. Gira un instante. Sesga las alas. Entra a un árbol. Una melodía nunca escuchada empapa de música los follajes. Otra contesta. Luego el silencio se une al silencio, en un nido que tiene la forma de un corazón.

No sabemos si en este instante predomina en el observador la sensibilidad o el pensamiento. Acaso la voluntad, la sensibilidad, la inteligencia, la memoria, la imaginación, se han unido, como nunca, en un acorde interior que nos conduce levemente a una más pura y delicada conciencia de nosotros mismos. Nada es aquí, en esta hora de misterio, ni demasiado grande ni por demás efímero. Cabemos bien en este paisaje, así como él cabe bien en nuestra alma. Nos enlazamos a él con placidez y hondo agrado. Sentir y pensar, ahora, es casi como un sueño. Ni nos sacude la potencia del día, ni nos oprime el infinito nocturno. Esta enigmática acomodación de lo objetivo y lo subjetivo es tan perfecta, que en último término, gozamos de una extraña liberación, como si el lazo del universo no nos enlazara, y como si el nudo de nuestro ser no nos aprisionase. Se goza como un olvido de las cadenas. Las alas del espíritu vuelan desinteresadamente, por el sabor glorioso del vuelo mismo. Ni preguntamos ni aguardamos ninguna respuesta. Nos dejamos vivir sin aspirar a nada por la gracia misma de que la vida se vive sin temores y sin esperanzas. Gravita un misterio, es cierto, sobre nuestra frente, pero tiene en sí mismo tal encanto poético, que lo amamos tal como es, sin que nuestra flecha lo hiera y sin que su esfinge nos abrume. Yo diría que ésta es la hora esencial del lago, el trance en que se sumerge totalmente en su virtualidad, el momento en que se realiza y se dice a sí mismo sobre la eterna melancolía de nuestra reflexión. No pueden ser así el mar y la montaña, la selva devoradora ni la pampa inmensa. Otra realidad es la del rudo peñasco y la del mismo río de incontenible marcha. Este ojo celeste y dorado de la tierra este anillo de árboles que lo ciñe, este cielo real e irreal, este recuerdo de luz de sol que todavía empurpura a las nubes, este silencio que cabe en nuestro corazón, esta estrella del amor que está afuera y adentro del agua, este instante en que las cosas y el fantasma de las cosas coinciden, a tal punto, que no podemos discernir la realidad y el ensueño, proyectan en las entrañas psíquicas una paz de dulce y enigmática espiritualidad, que todavía parece más honda porque no desdeña la tristeza; pero la gradúa en tales

(Fotografías del Dr. Julio María Sosa)



UNA PERSPECTIVA DE LA LAGUNA DE VEINTE TOROS, DESTACANDOSE LOS CAMALOTES QUE LA RODEAN

vagos toques de melancolía, que lo más íntimo de nuestro ser se complace en yo no sé qué romántica conformidad con la esencia más prodigiosa del dolor mismo. Hay algo aquí muy profundo que se balancea y que nos mece, algo como una conciencia de la maternidad terrestre, cosa de caricia y amor, de nostalgia y de posesión, de conquista y de pérdida, de esperanza y de desesperanza, tránsito de todos los posibles y de todos los imposibles, que acaso sea la raíz metafísica de nuestro ser. Porque en este lago, en este otoño, y en este ocaso, todo es y no es, todo se posee y todo lo perdemos, y desde el subterráneo de nuestra alma, identificando lo real y lo irreal, libres ya de todo problema y de toda angustia, nos es posible soñar, a la manera que sueña el lago mismo, tejiendo por debajo de su lámina celeste una maravillosa mentira de las imágenes, tan pura y tan perfecta, que las cosas mismas no lo pueden ser hasta un grado tan recóndito y tan emocionante.

...Y luego es la alta noche. Toca la sombra el agua de sombra. Por grados, las estrellas suben desde el oriente, como si se levantasen desde la oscura maraña de los árboles. Reclinados en la orilla de la laguna, las vemos subir como si fueran pensamientos del abismo. Se ordenan en las tinieblas según cifras y símbolos que conversan extrañamente con nuestros ojos. Letras de un alfabeto desconocido, componen un poema grandioso, cuyas palabras de fuego y de música desgarran los velos de la sensación y rozan las secretas cavernas del alma. El tiempo se desprende de sus rosas cósmicas como una emanación de lo arcano. Nos sobrecoge la grandeza de la astralidad. Desesperados ante la tremenda gravitación del enigma, bajamos los ojos a la brevedad de la tierra, pero el espejo del lago duplica en un sueño infinito el pavor de las distancias nocturnas, y crea en sus cristales vivos, el fantasma de las constelaciones. El misterio ha crecido hacia arriba y hacia abajo. Estamos ante el infinito y ante el sueño del infinito. Debajo, en las entrañas místicas del agua, se realiza la identidad entre la presencia real y el espectro soñado de esa misma presencia. En el límite de ambas inmensidades, están los ojos del hombre, arrepentidos de sondear la doble esfinge



SENDERO DE ACCESO A LA LAGUNA DE VEINTE TOROS

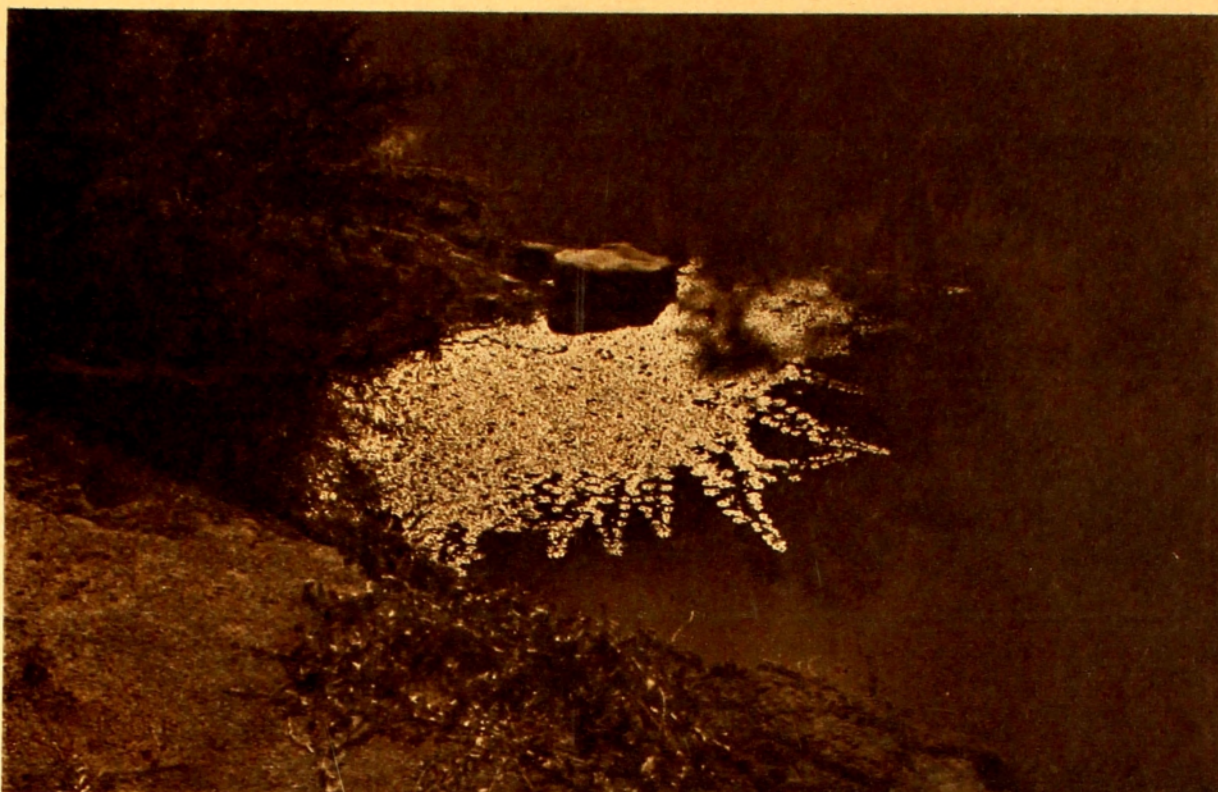
y maravillados a la vez por la desnuda belleza de la noche. Todo el hombre está ahí, en ese horror y en ese éxtasis, en ese miedo y en esa red, en esa seguridad y ese tembladeral, breve punto ansioso y delirante, arco de la frente y flecha de los ojos, cuya conciencia es una herida trágica en la inmutable indiferencia cósmica.

.El aire se ha inmovilizado. Duerme sobre las praderas, sobre los árboles, sobre la laguna. Reposan el buey, la oveja, el pájaro, el gallo, el insecto. Pero la sombra no reposa nunca. Durante toda la noche su rueda infinita siguió girando sobre la cintura de la tierra. El tiempo la mueve. La mañana, el mediodía, la tarde y la noche, caminan siempre. Por algún punto pasa el alba, por algún punto pasa la tarde, por algún punto pasa el crepúsculo. Todos los momentos del día corren sin cesar sobre el cuerpo del mundo. El iris de todas las horas pasa fatalmente por todos los puntos de la tierra.

El aire se ha inmovilizado. Duerme sobre las praderas, sobre los árboles, sobre la laguna. En esa quietud se va formando una niebla leve y liviana como el perfume de las florecillas silvestres. No se puede apartar del agua. La cubre y la acaricia con la extrema finura de la extrema delicadeza. La luz de las estrellas queda detenida en esa niebla, y el lago se va haciendo invisible, oculto entre tapices y velos primorosos. Nuestras miradas se extravían en ese polvillo minúsculo. Ese humo lechoso se desprende del frío de la noche, poco antes del incendio del alba. Acaso un poco de luz viene desde oriente. La brisa detenida tiene sed. Ha corrido mucho sobre la tierra, y recostada en el lago, bebe la humedad, y refresca sus entrañas azules. Luego comienza a moverse. Gira la niebla en misteriosos remolinos. Todos los sueños del alma encuentran su forma en aquella flotante imaginación del polvillo del agua. Se diría que el lago va desprendiendo las imágenes que absorbió durante el día y la noche, para darle espacio a la fiesta del alba. Fugan las sombras sobre sus pies de raso. Tan suavemente abandonan las praderas que las flores se abren para besarlas y agradecerle el sueño delicado bajo su imperio y su silencio. Una espada de fuego hiere de pronto el pecho de una nube, y el pico de un ave deja caer en la bruma vacilante una siembra de zafiros. Ha cantado el gallo. Una bandada de palmípedos, rozando el agua, cruza en recto vuelo de orilla a orilla, y el lago se despierta al golpe de las alas rítmicas. Los astros se ocultan detrás de la luz. Caen al oriente cascadas de purpúreas rosas. Contemplo el lago. Se diría que debajo del agua se ha roto un cofre de rubíes. Los instantes vienen cargados de nueva luz, y la vuelcan en el ámbito aéreo, como quien derrama un tesoro excesivamente grande sobre las praderas, que despiertan maravilladas. El agua se lava en el fulgor, limpia su espejo, diafaniza su ojo y el alma del lago se extasía en el azul perfecto. La mañana corre sus horas sobre los caminos del mundo. La mano arranca blancas rosas a la ubre de la vaca. La gallina celebra con un canto loco el hermético huevo que encierra la clave de la vida. Duermen en las semillas, sobre la tierra húmeda, las flores de la primavera y los frutos del verano. El pez de plata mueve los nervios de las ondas. En el resplandor del sol, el filo del arado parece que fuera sembrando luz bajo los surcos. En lo más alto de una loma, sobre un alazán de fuego, cabalga un gaucho, blanco el poncho, negra la crencha, rojo el labio por donde la canción se desprende como un ala que volviera al rancho de paja y terrón, recién abandonado.

...Ahora es el mediodía. Fuego salvaje sobre colores hirvientes. Arden las piedras. Se electrizan las gemas de las serpientes y de los lagartos. El pecho del hornero raya metales épicos. Un toro de llamas parece el eco del sol en la tierra. El río corta las distancias como una espada. La laguna se ha abierto para desposarse con el astro mágico. Adentro de sus entrañas azules, caen las semillas de la luz. Y en torno del idilio, cuchichean los camalotes y los juncos las secretas historias que sus raíces aprendieron, cuando el agua canta, interiormente, el amor del cielo y de la tierra.

...¡Laguna de Veinte Toros! ¿Por qué este nombre tan extraño? Lo pregunto a tu agua, a tu árbol, a tu molusco, al relámpago de tu pez de plata, al laberinto que dibujan en primavera tus mariposas, al bólido que hizo temblar tu espejo en la media noche, al pájaro maravilloso de las leyendas antiguas, cuando los animales sagrados conversaban con el candor de los hombres. Y entonces, desde lo alto de un coronilla, me contestó el pájaro maravilloso de las leyendas: —"Los nombres de las cosas no son vanos sonidos. La palabra del hombre es un signo repleto, que lucha contra la muerte. Muchas humildes historias se olvidarían, si quienes las convivieron no las escribiesen con una frase en la piedra de una montaña, en la orilla de un río, al borde de una senda, en la hondura de un



MARAVILLOSA DECOLORACION DE UNA PLANTA ACUATICA

instinto crispaba el rugido de su pecho, el pavor arrodillaba a los toros y los nervios del puma apretaban su piel. Ningún potro escapó a su lazo, y ñandú alguno burló sus boleadoras. El chasquido de su arco electrizaba al huracán, y su flecha de fuego rompió el vuelo de todas las aves. Nunca un quebracho más duro que su pecho. Jamás un ñandubay más recio que su brazo. El cuarzo se rompía entre sus dedos, y el golpe de su pie dolía a la tierra. En invierno desgajaba a los árboles más fuertes para ahuyentar al frío con hogueras menos salvajes que su sangre. Su grito atravesaba selvas, su pupila nictálope desgarraba la sombra y abría caminos en la medianoche. Sus piernas tenían alas. Saltaba los torrentes. Serpeaba bajo los árboles espinosos. Irrumpía hasta el extremo de los coronillas. De un golpe quebraba los huesos para sorber las sabrosas medulas. Ningún río era tan ancho que lo venciera. Ningún tajo de piedra evitaba su brinco. Entre sus compañeros, era el cacique. Todos respetaban su fuerza. Hércules charrúa, no tuvo más nombre que el de Veinte Toros. En estas tierras nació, y vivió sin alejarse nunca de ellas. Su alma estaba dibujada de estos mismos campos, de estas cuchillas, de estos arroyos, de este río de mágica claridad, de estos árboles, de estas piedras, de estas onduladas lejanías, de estas selvas más apretadas y ásperas que las de ahora, de esta laguna mil veces hendida por su canoa, de estos peces mil veces arrebatados al agua por el rayo de su mano. Se diría que la naturaleza lo habosque, o en el muro de una ruinosa morada. ¡Laguna de Veinte Toros! Han pasado dos siglos, y yo, que soy el pájaro inmortal, no podré olvidarlo. Era un indio de la vieja raza. Su cuerpo era el bronce más ardiente del fuego de la vida. Cuando su bía tallado en una roca viva, y al entrar en la piedra el relámpago del instinto, hizo arder en sus entrañas todas las fuerzas del astro. Y una vez hubo de luchar con el río en épico episodio. Densas y vastas lluvias ensancharon cañadas, arroyos y ríos desde las sierras de Guaycurú y Mahoma, hasta las del Pintado. El río arrancaba de sus orillas al sarandí y al molle, al guayabo y al coronilla, y entrelazados a los camalotes, con las oscuras raigambres encrespadas en la luz, corrían para dispersarse en vertiginoso torbellino en la Laguna de Veinte Toros. Se oía a lo lejos el jadeo del agua y el chasquido del viento y la lluvia en los castigados montes. El indio temerario fué atraído por el peligro. Hecho a todas las empresas, quiso comprobar una vez más sus músculos de bronce. Entró al agua enloquecida, avanzó hasta el centro de la laguna, tantas veces domada por su brazo en crecientes iguales. El ímpetu de la corriente rugía contra su pecho, como si porfiase, soberbia, por vencer la audacia del salvaje. Los brazos del indio castigaban, implacables, al turbio enemigo. El pecho aproado respiraba, violento y desafiante. Fuerza contra fuerza, delirio contra delirio, rudeza contra rudeza, el hombre se acercaba a la victoria. Entonces un misterioso signo se levantó desde el lago, despechado y terrible, a la oscura nube que desde lo alto contemplaba el sublime combate. Y la nube empuñó el arco de la muerte, puso en el nervio el rayo del triunfo, y ante el horror de la tierra, la serpiente de la tempestad horadó la nuca del héroe. Su cadáver fué arrastrado entre los árboles, también doblegados, para perderse juntos en las entrañas del río. Y ahora sabes, hombre curioso, porqué es ésta, la Laguna de Veinte Toros".

C. SABAT ERCASTY.



ATARDECER EN LA LAGUNA



SALUS. — OLEO.

Exposición en "Amigos del Arte"

Homenaje a Pedro Blanes Viale

PEDRO Blanes Viale, supo, como ningún otro en nuestro país, interpretar la Naturaleza. Las cuerdas más sensibles de su espíritu, aprisionaron, con una variedad sin fin, la escala interminable de tonalidades. Pero supo más. Sus sentidos, con un poder superior, descubrieron lo etéreo, lo abstracto. Hizo suyo el secreto inefable de la luz!! La luz, flota... y es un capricho de colores en la paleta, siempre cambiante; llena a desbordar de rica materia. Generosa, fresca, es un torrente, que se vuelca, un alma que se entrega. Blanes Viale fué, por sobre todo, un creador. Temperamento que intimó con la Naturaleza, le arrancó las bellezas de su fuga, paso a paso. Entendió el mudo idioma de los árboles, la música de las aguas mansas y el canto de las flores. Detuvo los más grandes momentos. El amanecer, el medicdía, el crepúsculo. El sol, es una canción de vida melodiosa, que se baña en el reflejo de mil colores.

La realidad, tuvo, en su emotividad, una definición.

o

Pedro Blanes Viale, nació en la ciudad de Mercedes, el 19 de mayo de 1879. Pocos años tenía, cuando se trasladó a Europa, e ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, donde cursó sus primeros estudios. Luego en París, tiene por profesor a Benjamín Constant. Visita a Italia y Florencia, Roma y Venecia, desfilan con su arte, ante los ojos ansiosos del artista. Regresó a Montevideo, en 1899, y en 1902 obtuvo por concurso una beca, para reanudar los estudios en España. Trabajó en París, junto al pintor francés Antonio de la Gándara, por espacio de tres años, visitando por ese entonces, Londres, Madrid y Toledo, empapándose de la obra de los Grandes Maestros. Al terminar su pensión, volvió a Montevideo, realizó una exposición de sus obras, para luego radicarse en París.

Vuelve a la patria en forma definitiva, falleciendo en Montevideo el 22 de julio de 1926.

En la Exposición Ibero Americana de Sevilla, años 1929 y 30, el Consejo Nacional de Administración, envía su cuadro "Arequita", propiedad del Estado, obteniendo uno de los Grandes Premios.

o

En esta muestra retrospectiva, que realiza "Amigos del arte", como un homenaje al gran pintor, se exponen, además de sus admirables paisajes, obras poco divulgadas, en su mayoría retratos. Un pastel "Retrato" de la niña V. D., y un óleo, retrató del Ing. José Serrato, se exhiben por vez primera. Es innegable que Blanes Viale, entregado con amor al paisaje, no consiguiera en la figura la misma calidad pictórica. Pero es necesario decir, que lo hubiera alcanzado, si la muerte no lo malograra.

En el retrato Nº 22, se adivina la escuela italiana. De colorido terroso: muy lejos de darnos su personalidad, que comienza a hacerse presente en el retrato del Sr. César Miranda, En esta figura, aunque no tan bien dibujada como la anterior, se advierte la paleta del pintor.

Comienzan **sus** colores, **su** técnica y **su** luz. Aunque el claro-oscuro, es aún algo turbio, y la dureza se hace presente, los fondos mueven colores muy suyos, y ambientan el cuadro.

El gran paisajista, se distraía muchas veces de la figura. Así en el retrato Nº 20, perteneciente al Museo Nacional, abandona en unos tonos completamente neutros, el rostro y las manos de la retratada, para escuchar el llamamiento de un paisaje de co-



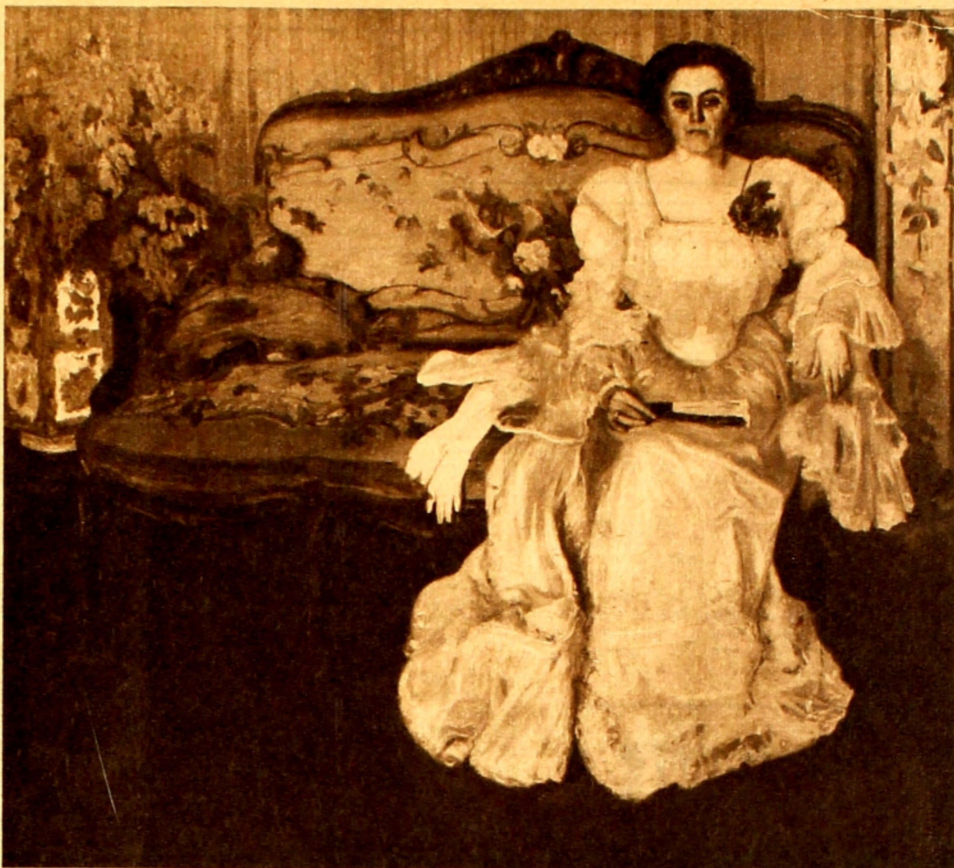
RETRATO DEL Sr. J. R. MENCHACA. — OLEO.



PRIMAVERA. — OLEO.



RETRATO DEL ING. Don JOSE SERRATO. — OLEO.



RETRATO. — OLEO. — PROPIEDAD DEL MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES



RETRATO DE LA NIÑA V. D. — PASTEL.

lores, en el ropaje y el fondo, notablemente pintados. Sin embargo, en un pequeño boceto logra (Retrato del Sr. J. R. Menchaca), armonizar y ser **él:** espontáneo y colorista. Nuestra atención a sus retratos obedece a su poca divulgación, y a lo interesante que es comprobar, la evolución, hacia **su** pintura, que se vislumbra, como dejamos antedicho.

o

Su obra de paisajista, es inmensamente rica, infinitamente superior.

Personal, como todo creador, abordó en el paisaje, desde la mancha impresionista, hasta el detalle, pero con tal frescura y sabiduría, que nada es pesado en sus telas. La liviandad de lo logrado, lo hace gustar hondamente.

La técnica, es tan perfecta, que nos hace evadir de lo material, y sólo es posible, ante sus cuadros, sentir. Sentir la infinita belleza... de lo ideal hecho forma, color y luz.

Dos cuadros se destacan de la exposición: "Salus" y "Jardín".

Dos paisajes que parecen abarcar el más allá. La excepcional transparencia que emanan, sobrepasa los primeros planos, para aclararnos un enigma profundo. Un misterio que sólo los grandes creadores conocen.

¡El prodigio de posar la luz!

E. V.



JARDIN. — OLEO.



LA ESCALERA DE RAISLA. — OLEO.



RETRATO. — OLEO.

TORRE DEL VIGIA, DE MALDONADO.

CUYA RESTAURACION SE PROYECTA.

LA Sociedad "Amigos de Maldonado", recientemente constituída, al abocarse de inmediato al desarrollo de un plan de acción pro mejoramiento edilicio de esta ciudad, y con la preocupación de dotar a Maldonado de su carácter típicamente colonial, ha propiciado la idea de restaurar la Torre del Vigía.

Anhelo colectivo, tantas veces exteriorizado desde las páginas de este SUPLEMENTO, por la culta pluma del señor R. Francisco Mazzoni.

A poco de hacerse pública esta patriótica iniciativa, la Intendencia Municipal de aquel departamento, con espíritu comprensivo y orientando sus decisiones en salvaguardia de la riqueza histórica del país, destinó una partida de $ 4.500 para la ejecución de la obra.

Pero, pese a esta plausible determinación y a aquellos loables propósitos, la vieja torre, cuya simbólica silueta constituye un punto de atracción, entre los muchos que posee la histórica y pintoresca capital fernandina, no volverá a su forma primitiva, ni podrá recuperar las características de origen si previamente no se obtienen los elementos de juicio indispensables para tal realización.

Sabemos que este observatorio levantado durante la dominación española, formó parte del conjunto defensivo que protegía la costa septentrional del Río de la Plata, comprendida desde Castillos hasta Colonia de Sacramento.

Que en él se instaló un vigía con su anteojo, juego de banderas, cohetes y plan de señales para las observaciones y trasmisiones a larga distancia. Que el emplazamiento de esta torre en la entrada del Río de la Plata, punto de pasaje obligado de los navíos que se dirigieran a atacar las posiciones del Virreynato, permitió al vigía allí instalado prestar importantes servicios a la defensa de nuestras costas durante la dominación española, a la vez que otros cometidos ajenos a la función militar, pero no por ello menos importantes.

También existe constancia de la actuación que le cupo al vigía instalado en la torre de Maldonado cuando la invasión y toma de aquella ciudad en 1806. Mas, ésto no es suficiente. Faltan planos de la época; no se conocen detalles de construcción de la fábrica colonial, y ni siquiera se sabe cuándo se levantó esta histórica atalaya.

Algunas veces se ha dicho, sin probarlo, que la Torre del Vigía fué construída por Cevallos en 1777, pero esto no es exacto.

En el interesante folleto "Maldonado Histórico" publicado no hace mucho tiempo por la Comisión Nacional de Turismo, con el asesoramiento de una comisión de personas de reconocida autoridad en la materia, y la colaboración del señor Carlos Seijo, ciudadano que se ha consagrado a los estudios históricos de esta región; se dejó constancia, con toda honestidad, que no se conoce la fecha de construcción de la torre que nos ocupa.

La Historia escrita no aporta antecedentes dignos de tomarse en cuenta, sobre este monumento histórico, a los fines perseguidos. Algunos documentos de la época, en cambio, nos permiten ofrecer estos nuevos testimonios:

En 1790 Don Santiago Liniers presentó al Virrey Arredondo, un nuevo plan de fortificaciones para la plaza de Montevideo. Su preocupación estaba en la defensa marítima, recordando aquel axioma muy conocido de que, "siendo dueños del mar lo serían también de la tierra".

Llamaba especialmente la atención al Virrey, sobre la conveniencia de construir torres o atalayas, con las que, por medio de señales de banderas durante el día, y de cohetes durante la noche, se pudiese, con mayor aceleración, tener aviso de las novedades que ocurriesen, en el mar, en tiempo de guerra, y asegurar la navegación del río en todos los tiempos.

Aquellas se debían colocar en la forma siguiente: Una torre en la Isla de Lobos, que se correspondería con otra en la Isla Gorriti, y sucesivamente en otros puntos de la costa: en Pan de Azúcar, Piedras de Afilar, Isla de Flores, el Buceo y últimamente en el Cerro de Montevideo.

Tres años después, en 1793, el Brigadier de Ingenieros Bernardo Lecoca, elevó al Gobernador de Montevideo, Antonio Olaguer Felin, presupuesto para cinco vigías que debían establecerse desde la Playa de Punta del Este.

El 20 de febrero de 1796, el comandante militar de Maldonado, después de haberse recibido del mando del cuartel, le comunicó al Virrey Don Pedro Melo de Portugal, que en cumplimiento de sus órdenes había dispuesto celar la costa del mar, con una partida de cuatro hombres y un cabo, "para que diesen puntual aviso siempre que descubrieran algunas velas".

Fácil será comprender que si la torre del vigía hubiera estado construída en esa fecha, no habría sido necesario vigilar la costa por medio de partidas, como lo había dispuesto el Virrey.

Cualquiera que haya subido a este observatorio, habrá podido apreciar el dominio de sus vistas, especialmente en el mar.

Además hay otro antecedente comprobatorio, y es el de que, la Junta de Guerra, reunida en Montevideo el 17 de julio de 1797, dispuso entre otras muchas medidas de carácter militar, la siguiente: "Que en el paraje más elevado de las inmediaciones de Maldonado, se construyera una vigía de la altura proporcionada, a descubrir desde ella toda la distancia posible a la mar para dar con anticipación, los avisos convenientes a prepararse y poner en esta Plaza en estado de defensa, haciendo venir a ella las milicias que están bastante distantes y poder dar las correspondientes noticias a la capital y la Colonia, para que en ambas partes se puedan tomar las providencias que sean convenientes".



TORRE DEL VIGIA, DE MALDONADO. CONSTRUCCION COLONIAL DE VALOR Y ESTIMA HISTORICOS, CUYA RESTAURACION SE PROYECTA. JUNTO A ELLA SE DESTACA UNO DE LOS TRES MARCOS DE LOS REYES, QUE SIRVIERON DE LIMITE ENTRE NUESTRO TERRITORIO Y EL DE PORTUGAL, SEGUN EL TRATADO DE MADRID DE 1750.

En el celo con que este vigía cumpliera su consigna, descansaba el servicio de seguridad que ponía a cubierto de toda sorpresa, no sólo al puerto y ciudad de Maldonado sino también a las Plazas de Montevideo, Colonia y Buenos Aires, a cuyos respectivos comandos militares debía dar el tiempo y espacio necesarios para tomar sus decisiones y organizar los medios de defensa.

Ahora bien, como la Torre del Vigía estaba construída cuando la expedición inglesa tomó la ciudad de Maldonado en 1806, se puede establecer sin temor a dudas, que esta atalaya fué erigida entre los años 1797 y 1806.

Determinada así, con bastante aproximación, la época en que se construyó la histórica torre, hemos considerado conveniente divulgarla por medio de esta publicación, en el deseo de que ella pueda ser útil a la Comisión Restauradora, como base para la iniciación de las demás investigaciones que ha de tener que realizar en cumplimiento de la difícil, cuan honrosa y patriótica misión que se le ha encomendado.

En otra oportunidad, al ocuparnos de las reliquias históricas de Maldonado, expusimos algunos conceptos que hoy cobran actualidad.

Hay mucho que investigar — dijimos — y que investigar a fondo, en la historia colonial de Maldonado.

Nuestros archivos reclaman la presencia de hombres estudiosos, de férrea y decidida voluntad, que exhumen los millares de documentos que recubre "el polvo avariento del olvido".

Pero la seriedad e importancia de esta especulación espiritual, que requiere meditación y reposado criterio; esa disciplina mental que nos lleva a discernir una verdad desconocida, reclaman también, otro estímulo que el que generalmente se concede a las creaciones literarias ligeras.

Bien haría, pues, la Intedencia Municipal de Maldonado, en destinar una parte de la suma asignada a la Restauración de la Torre del Vigía, para el establecimiento de un premio a la mejor monografía documentada que se presente en un plazo determinado.

Esta recompensa, esta retribución a una tarea ardua, incitaría a algunas personas estudiosas a investigar afanosa, ahincadamente, dentro o fuera del país en procura de los documentos que puedan existir, referentes a este edificio colonial de valor y estima histórica por su origen y por los recuerdos que evoca.

Mariano CORTES ARTEAGA.

Una torre "dedicada a la eternidad"

LAS TRES CIVILIZACIONES DE LA GIRALDA DE SEVILLA

COMPONER y descomponer la "Giralda", tratar de separar sus diversas culturas haciendo de la mano, pantalla de los ojos, si se la mira en la realidad (desde la calle de Mateo o la de Placentines) o bien cubriendo con los dedos en el papel de un grabado unos trozos, para dejar descubiertos otros, no es empresa fácil para el contemplador. La imaginación logra sí, localizar un piso, un trozo uniforme, que es tanto como decir una época, un ciclo, o una verdad... pero esto sólo dura un instante si no se toman precauciones; en cuanto los ojos, interesados en contemplar un capítulo entero de su vida, rebasan la frontera que les separa del de más arriba o más abajo, los gloriosos segmentos antes distinguibles se sueldan de una manera mágica con la velocidad vertiginosa con que se funden en la palma de la mano los núcleos del azogue en el instante mismo de establecer contacto para formar un todo sensiblemente indivisible.

Para "hacer alquimia" con la Giralda, para desintegrarla a nuestro arbitrio hay que librarla, como el azogue de todo lo que constantemente se le adhiere. Para estudiar la Giralda y su maravillosa pirámide de experiencias humanas hay que librarla antes, difícilmente, de todo lo que inevitablemente se le engancha, las blondas de las mantillas, las madroños y los extremos de las banderillas, los pétalos de los claveles y las cuerdas de las guitarras; porque a la Giralda se le enreda todo en los carteles y en las glosas, en las formas más absurdas, los cuernos de los toros y las coronas laureadas de los certámenes literarios apoyadas sobre rotas columnas con las artes y las Españas representadas por gordas matronas; unas veces negruzca por el humo de sebo de los cirios y otras rosada surgiendo graciosamente inclinada del centro de una pandereta o lanzando las campanadas de una felicitación de pascuas.

Cuando a la Giralda se la separa de todo esto, y se la mira muy detenidamente es cuando se comprende principalmente desde nuestra generación, no exenta de puristas de razas y de estilos, todo el inmenso valor de su fama. La Giralda es netamente un producto español, una gran amalgama y una mezcla de pueblos y de técnicas que se vanagloria de haber forjado en el curso de los siglos una unidad arquitectónica a cuya tipicidad estética nadie puede oponerse.

Está fuera de toda duda, que la base cuadrada de la Giralda, base firmísima, está levantada sobre ciclópeos cimientos de unas fortalezas construídas por los romanos en Sevilla y que son igualmente base de los monumentales edificios que la circundan. La Giralda en su enérgico arranque del suelo, es parte sustancial de una de las torres más fuertes, en sus mismos muros actuales hasta una altura indeterminable que pudiera coincidir con la ofrecida por el tipo medio de las viviendas sevillanas.

La Giralda nace así, romana y visigótica sin otra duda que la ofrecida por la hipótesis que la supone colocada sobre ingentes sillares de unas estatuas levantadas en honor de un magistrado "por los barqueros de la ciudad" lo que no haría más que dotarla desde un principio del noble carácter de torre marinera que ya nunca jamás había de perder. Pero a los veinticinco metros de altura, la Giralda, femenina y coqueta, cambia repentinamente de esencia y se hace mora presidiendo el mismo ritmo de toda Andalucía. La Giralda recibiendo el sol por todos lados sin la rivalidad de los tejados demasiado próximos que ensombrecen su base, es entonces la Giralda color de rosa de las panderetas y de las acuarelas; la torre que desafía con sus tonalidades luminosas el oscuro azul del cielo en contraste violentísimo de cartel de toros y de tarde de fiesta. Sus reflejos uniformes se destacan de sus hermosos paños de ladrillo cortado formando delicadas ornamentaciones. Aun dentro de este mismo sector de su prisma se aprecia perfectamente la evolución de una sensibilidad. En las zonas más bajas se encuentran ventanas de ojivas túmidas influencia de los obreros del Norte, castellanos, leoneses y catalanes dominados ya por el arte gótico de la lejana Europa cuya energía política mina ya la moral de los árabes de Sevilla. En las zonas arriba inmediatas, los ajimaces arquetipos del estilo morisco, representan la vigorización del estilo y de la raza impuesta por los almoravides, los intransigentes africanos que llegan para sacudir en su indolencia los últimos estertores de la decadencia mora en suelo español. La Giralda, Alminar de la gran Mezquita se levanta entonces hasta la maravillosa galería que adorna todas sus fachadas y que es punto de mira incomparable para las observaciones astronómicas a las que los árabes son tan aficionados. En este punto la encuentra Fernando III al sitiar Sevilla en 1247. Si ponemos los dedos sobre el grabado y cubrimos su parte superior exactamente encima de esa galería, la Giralda, aunque ya inmensamente más bella, todavía se parece a cualquiera de las torres moras: en España a la de Carmona, la de Teruel, la de Zaragoza; en Africa a la de Marraquez, la Mequinez o la de Bizerta.

Al llegar a este punto la Giralda siempre voluble insiste en su deseo de seguir a los tiempos hacia arriba, se convierte al Cristianismo y se prolonga aún veintiocho metros más hacia el cielo adornándose con los mismos atavíos que si estuviera en Salamanca o en Florencia. En el primer tramo levanta con temeraria audacia su escandaloso campanario; del segundo también de base cuadrada aún hace plataforma para nuevas ambiciones; en el tercero todavía replica con columnas y arcos los huecos renacentistas que allá abajo enorgullecen al ayuntamiento sevillano; en el cuarto, la Giralda cautelosa demuestra saber que antes de los cien metros la piedra sin el hierro puede desmoronarse y busca su equilibrio adoptando la forma circular; pero todavía coquetona estira sus recursos en dos cuerpos más formados por columnas dóricas y jónicas sobre los que en definitiva se levanta la estatua de la Fe, la "Giralda" o "Giraldilla" que da nombre a la torre y que gira desde hace cientos de años, en todas direcciones marcándole a Sevilla y a España los vientos y los rumbos...

La torre es así una mescolanza de lo romano, visigodo, morisco, gótico, renacentista, dórico y jónico; y en su conjunto, la "Giralda", una gran soldadura maravillosamente española, común a todos los sentimientos y a todas las luchas. Por ser común a todos las alturas de la Giralda son accesibles tanto a los pájaros como a los mamíferos, porque los árabes, siempre comodones no comprendieron las escaleras de caracol subidas y desgastadas por los campaneros de la Edad Media, y construyeron para su ascensión treinta y cinco amplísimas ramblas por las que se puede hoy subir a caballo como ellos, o en unos muy bien educados rucios que cargando sobre sus lomos turistas de todos los pueblos de la tierra dan en tiempos de paz, a las "avenidas" de la Giralda un tránsito que ya lo quisieran para sí, muchas calles de la ciudad, tránsito que sólo termina en los recovecos del campanario. Hasta allí llegan los jarrones de las azucenas, pero esta vez en formas monumentales y metálicas que como extrema frivolidad de la Giralda adornan la balaustrada que corona la primera zona (el campanario) levantada en sus alturas por el arte de Occidente. Sus siluetas recuerdan las famosas esferas metálicas que un día coronaron su parte árabe según nos cuenta Alfonso el Sabio.

Mirar Sevilla desde allí es casi mirar a España entera. La Giralda ha sido testigo de tres civilizaciones grandiosas. Al pie de su base ha presidido el nacimiento de Murillo y Velázquez, se ha visto envuelta por las rimas de Béquer y río abajo por el Guadalquivir ha visto partir sin cesar la semilla de España para formar en América un nuevo mundo hoy más nuevo que nunca lleno de mezclas y complejidades armonizadas en honor de la humanidad entera, con una unidad dentro de la variedad de que sólo es modelo la Giralda.

Rodolfo OBREGON.

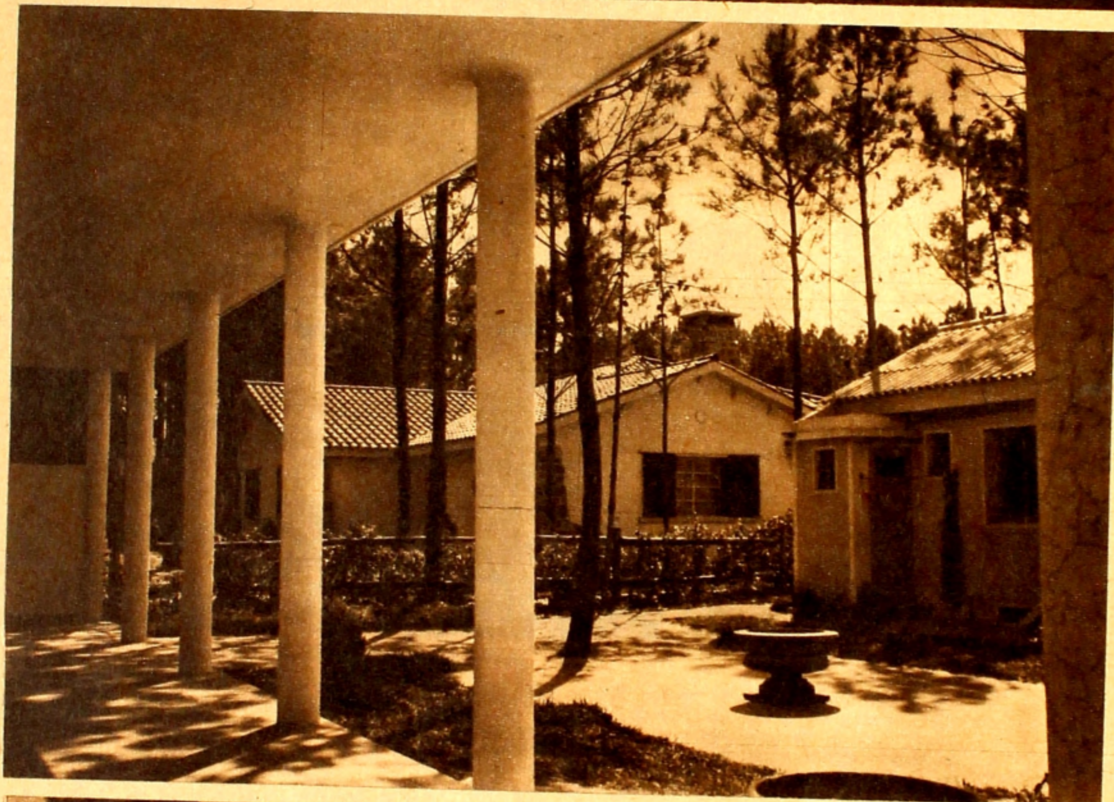
LA GIRALDA, DESDE LA CALLE MATEO ←



SEVILLA, DESDE LA GIRALDA







PARQU

CENTENARES de miles de pinos, plantados en una tesonera la
te años, han transformado en floresta incomparable la
ca y platense de Parque del Plata, resolviéndose el problema
ción y aprovechamiento de los médanos y dunas, creándose
ro un balneario perfumado por la brisa marina que se filtra ent
jes. La incipiente urbanización de hace veinte años es ahora
de futura gran ciudad, formada por amplias avenidas borde
da y moderna edificación, al abrigo de los vientos del sur que
sa boscosa atempera los rigores invernales. Esta circunstanci
ximidad de Parque del Plata con Montevideo, al que lo unen



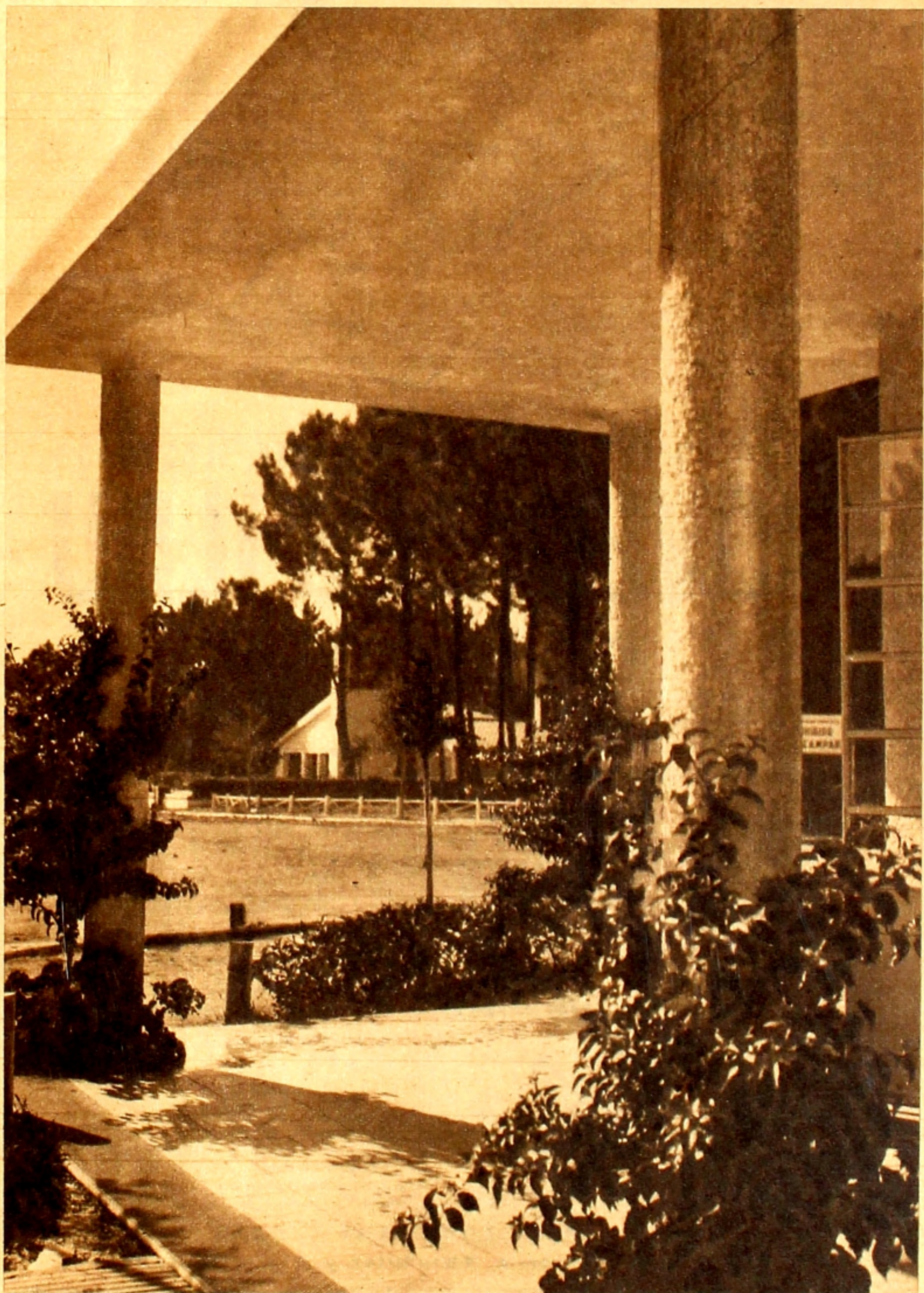




ARQUEL PLATA

...nunicación excelentes, con rápidos y repetidos medios de locomoción colectiva, hacen que este lugar no sólo sea un excelente balneario sino que también permita la cómoda residencia permanente, manteniéndose una población fija de todo el año. Inmediato al arroyo Solís Chico, futuro aeropuerto que permitirá el acceso directo desde Buenos Aires, y que será convertido en un inmediato cercano en cancha de regatas donde habrán de realizarse justas internacionales, Parque del Plata constituye ya, y habrá de superarlo todavía, uno de los lugares atlánticos de mayor atracción turística.





Figuras de la Poesía Colombiana

José Asunción Silva

EN Bogotá, en 1887, todavía la Colonia se asomaba a la reja con flores sobre las empedradas callejuelas, y todavía en sus calles reales el caballero de Santa Fe proyectaba al hidalgo español sobre el nativo independiente. Parece que en una de estas calles reales fué donde José Asunción Silva tuvo un pequeño negocio en el que se habían preferido los perfumes caros y las costosas telas a los artículos de fácil transacción. Y parece también que el poeta les fué regalando todos los perfumes a las damas que, sin mengua del pudor, lo calificaban de hermoso. Entre tanto la madre quemaba incienso en los salones de su hogar. Es claro que viniese a menos un hombre que así colocó la vanidad tan por encima de las conveniencias económicas. Y no podía ser de otro modo, porque si en este caso la vanidad aparecía autorizada y respaldada por la belleza del hombre, la belleza de sus versos autorizaba y respaldaba aún más el orgullo del artista que no quiso poner en plebeyos menesteres, ni el alto talento que creara los poemas, ni mucho menos la repulida mano que hubo de escribirlos sobre el papel de Holanda. Esta incompatibilidad entre el menester y el ensueño, dió pronto cuenta de la fatua hermosura y de la vida inútil, en esa madrugada mortuoria de 1896. Aquellas breves gotas de esencia de Chipre vertidas en el lino de los pañuelos y en el encaje de los escotes, fueron a los inciensos familiares lo que las literaturas europeas de fines de siglo a la propia y original inspiración de Silva.

Plácele a la leyenda pintarle los labios a la historia para hacerla más amable y en la mayoría de las veces más bella, pero por lo mismo más frívola y más falsa. Y esto acontece no sólo con la vida, cuya duración accidentada se presta para tergiversar los actos reales, sino que aún se atreve con la muerte misma, cuya instantánea exactitud desvirtúa el artificio. Los exégetas de la muerte de Silva vistieron su cadáver de frac y no se olvidaron de poner un poco de afeminado y novelesco carmín sobre el rictus de la boca extinta, entre la barba de ébano y las mejillas de jade, para exhibirlo así, ante los ojos extraños, en una cámara ardiente de casi medio siglo. Y todavía hicieron que se apareciera por entre las luces vacilantes de la larga vigilia, el casto fantasma de su hermana ya muerta. No es necesario contrariar la leyenda, porque de la vida del hombre y del cadáver mismo, se alza para devolverle al poeta toda su trágica humanidad, un hecho histórico, exacto e incontrovertible: Silva era hermoso. Y esto más: comenzaba a dejar de serlo. El objeto y el oficio de la humana belleza ha sido y será siempre contemplarse a sí misma. Hacer del mundo un roto espejo en cuyos mil pedazos los seres y las cosas le reproduzcan el encanto del rostro, los seres en un amor admirativo y en sumisión las cosas. Cuando este espejo así multiplicado no cumple con la fábula de Narciso y la fuente, el hombre que nació hermoso se aburre. Se aburre de todo, pero sobre todo de sí mismo. Y de sí mismo, aun cuando en la copa desolada que apura, el vino le devuelva todavía la imagen de los ojos. Y hay para este tipo de hombre algo mucho más tremendo que la pérdida de su propia contemplación en la fuente del mundo, y es descubrir un día que ya no vale la pena contemplarse. Siempre hemos creído que a Silva lo impulsó a la muerte mas el aburrimiento que la escasez. Más la desilusión de su grandeza y su hermosura que la mezquina fealdad antagónica del ambiente. Su propio conocimiento antes que la ajena incomprensión. El amor a sí mismo primero que el sexual extravío enamorado. Y es que quizás no parezca insólito saber que a un hombre tal para su realización acorde con lo inútil del sueño, le es indispensable destruir todo aquello en que creyó, cuando todo no era más que su propia persona reflejada en sí misma. Es el resultado de la grandeza, de cuya lograda realidad sólo queda a la postre lo pequeño del mundo.



JOSE ASUNCION SILVA. — Dibujo de Franklin.

Sincronizada apenas por el doble de ánimas en el día de difuntos y por las cadencias del vals en las noches festivas, aquella época de Bogotá hubiera podido llamarse "de la torre y la luna". ¿Romanticismo? Sí. Misticismo y romanticismo, que son la misma cosa si se tiene en cuenta que el segundo de estos términos es una mística del amor, como el primero lo es de la muerte. Muerte y amor, cuyos modos y análisis pueden variar con los tiempos, pero cuyas análogas raíces profundas fructifican en la perennidad. Luz de luna sobre el tapiz, luna en el valse y la muerte acechando a la vuelta del beso. Y unos meses después la misma luna, la misma confidencia, el mismo salón y el mismo valse. Pero ya la mujer se había libertado del recuerdo para volver a empezar. Sobre su conciencia no pesaba otra carga que la breve del seno y el perfume. A su cabeza le bastaba el peinado y a su corazón el escote. Toda la mujer y toda la época. Y todas las épocas en que la mujer ha intervenido como tema accidental del amor, de la muerte y el canto. Detener un minuto la fuga de las horas y obligarla a tomar forma de instante en el molde del verso, para obtener de este modo que en el cerebro y en el corazón de los hombres la eternidad no sea otra cosa que el recuerdo prolongado de una hora encantada, he ahí tal vez la más alta misión del poeta. Y Silva cumplióla a cabalidad. Se marchitaron los trajes y los rostros y el poeta murió. Otras doncellas vinieron y otros trajes. Y otras formas de existencia también. Pero al borde de las piscinas y a la orilla de los "cocktails", lo mismo en los "sports" que en los resplandecientes salones de las fiestas nocturnas, cuando los hombres imploran el amor y las mujeres realizan el eterno poema de la espalda desnuda y el champagne irisado, de la orquesta y la copa, de la espalda y el traje, del aroma y la voz, se elevan todavía sobre el mundo las doce sílabas de antaño. ¿Qué importa que no sea junio ni haya luna? ¿Ni qué importar podría que a la siguiente mañana, en la aurora del baile, y mientras junto al lecho de la mujer descienden de sus hombros sumisos a sus pies cautelosos los terciopelos y los rasos, que en el poema fueron las gasas y los tules, se oiga el litúrgico voltear de los bronces en la racha luctuosa de noviembre? La mujer desceñirá su cuerpo bajo el alba, y exclamará, recordando los brazos galanes que un momento oprimieron su talle de virgen: qué valses tan lindos, qué noche tan clara. Pero, oh vanidad de la literatura frente al profundo y real y alegre ejercicio de la vida: sobre su mesa de soltera, entre las sortijas y los tallados frascos, y sin que la mujer la hubiese releído al tornar de la fiesta, yace, plegada aún, frente al espejo, "la epístola de amores que al irse para el baile dejó olvidada allí".

Alberto Angel MONTOYA.

INFORMACION LOCAL



LOS REPUBLICOS ESPAÑOLES, Martínez Barrio, Blasco Garzón y General Miaja, en la Piedra Alta, de la Florida.



EL PROFESOR BASTOS de la Facultad de Medicina de Rosario, dictó una conferencia en el Hospital Pereyra Roseli.



ALUMNAS LICEALES QUE ASISTIERON AL ACTO INICIAL DEL CICLO DE CONFERENCIAS DE LA ESCUELA JOSE P. VARELA.



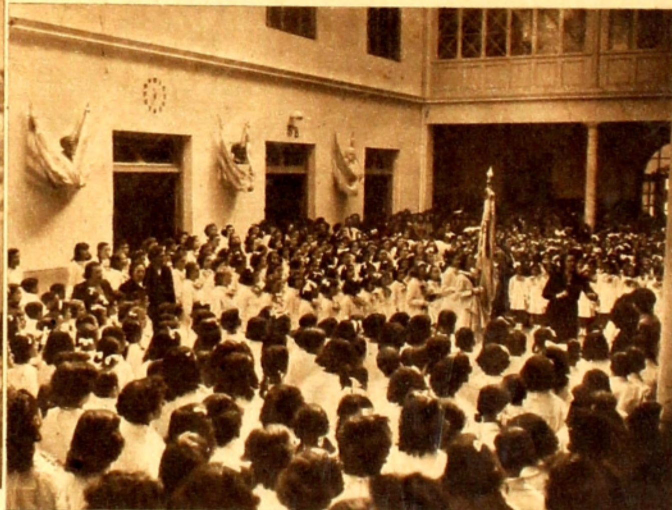
INICIACION de un curso de conferencias en la Escuela José P. Varela. El señor Ministro de Instrucción Pública, autoridades escolares e intelectuales que asistieron al acto.



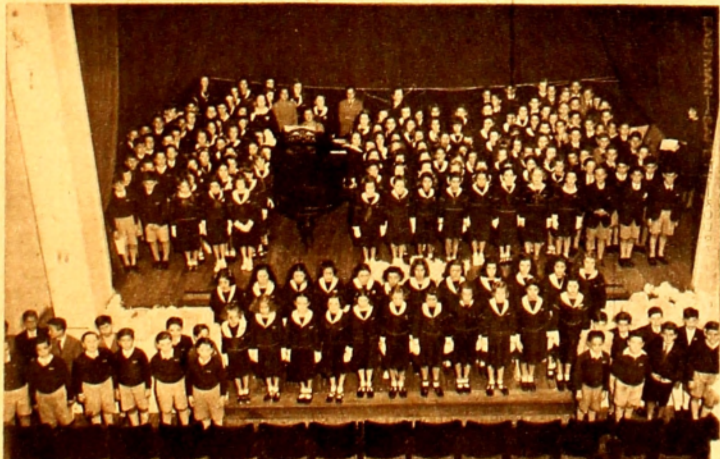
EN LA LEGACION DE BOLIVIA SE REALIZO UN ACTO EN HONOR DE LOS MIEMBROS DE LA "CAMPAÑA DE LA LIBERTAD".



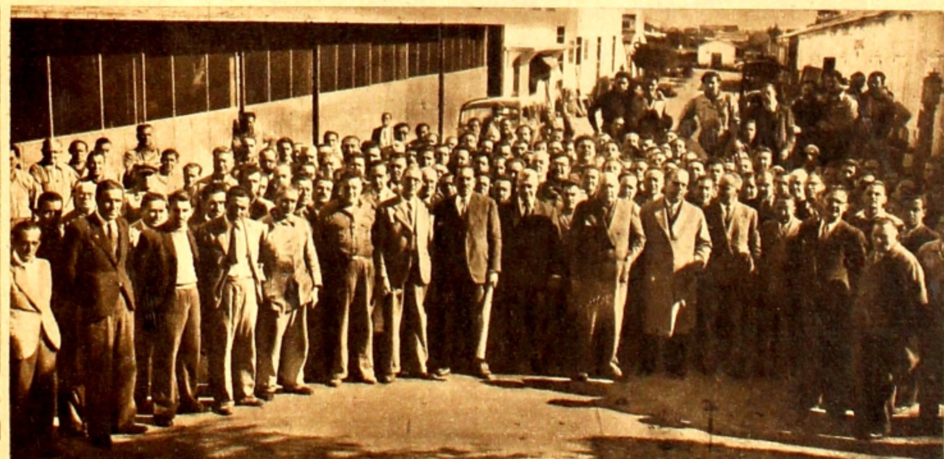
ABANDERADA y parte del alumnado asistente a la fiesta realizada en la Escuela República Argentina el "Día de los padres".



ESCUELA "REPUBLICA ARGENTINA" EN EL ACTO REALIZADO EL "DIA DE LOS PADRES".



CORO DE 300 NIÑOS DEL LICEO FRANCES, EN EL ACTO REALIZADO EN CELEBRACION DEL "DIA DE LOS PADRES".



EL MINISTRO DE O. PUBLICAS, Sr. BERRETA, RODEADO POR EL PERSONAL DE LOS TALLERES Y ALMACENES DE VIALIDAD, EN LA VISITA HECHA A LAS DEPENDENCIAS.



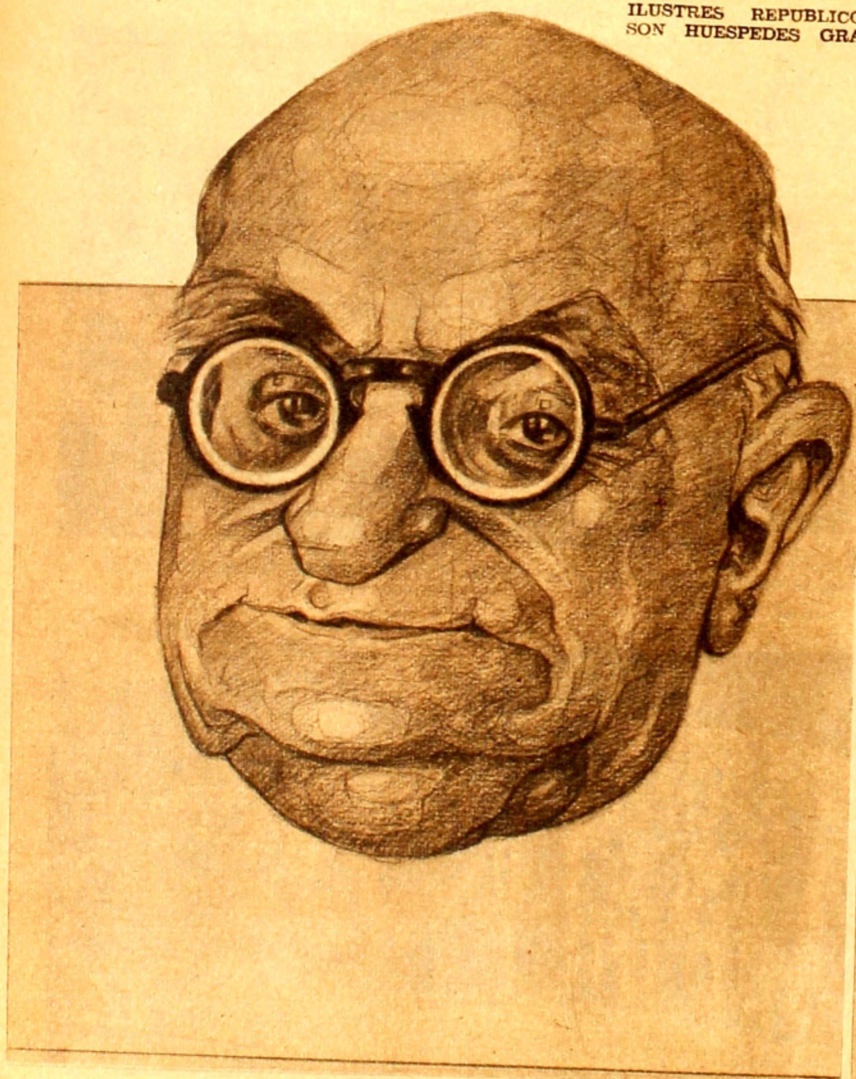
LA MUJER QUE MINTIÓ VAN HEFLIN Y VIRGINIA GREY ENCABEZAN EL REPARTO DE LA PELICULA DE AVENTURAS POLICIALES QUE EL VIERNES ESTRENA CINE METRO.



A CAZA DE NOVIO CINE METRO EXHIBE ACTUALMENTE LA COMEDIA ROMANTICA DE GEORGE CUKOR, CON UN REPARTO ENCABEZADO POR NORMA SHEARER, ROBERT TAYLOR Y GEORGE SANDERS.

ILUSTRES REPUBLICOS ESPAÑOLES QUE SON HUESPEDES GRATOS DEL URUGUAY.

CARICATURAS DE CRISTAR.



General JOSE MIAJA



Don DIEGO MARTINEZ BARRIO

El Dr. Víctor Pérez Petit:

LA REEDICION DE SUS OBRAS

DE las generaciones que en estos días conviven, acaso tan sólo una tenga idea concreta del escritor que hace poco fué galardonado por el gobierno nacional, auspiciando la reimpresión de sus obras completas. Los más de los jóvenes, quizá únicamente de segunda mano tengan conocimiento del doctor Víctor Pérez Petit — que es el escritor a que me refiero — y es probable que no pocos se habrán sorprendido al saber que pasan de cuarenta tomos los escritos por él. Caudal considerable representa una vida absorbida por el estudio y el trabajo, pues no sin constancia en el primero e inteligente asiduidad en el segundo cabe llenar tantos y tantos volúmenes, máxime que las obras del doctor Pérez Petit tienen la belleza formal, sólo dada a los privilegiados por la naturaleza y la profundidad de pensamiento que únicamente a los que atesoran lecturas innúmeras en su mente, es dado poner de relieve en sus escritos.

Ante todo, conviene advertir que se trata en este caso de un crítico, necesitado de consiguiente de tener una abrumadora cantidad de conocimientos, para no quedar en las filas de los indocumentados que critican sin saber, y antes bien lo que hacen es despotricar revelando al par su incultura, su atrevimiento y su maligna intención, cercana a la envidia, pero que no es ésta precisamente, por cuanto el envidioso tiene siquiera conciencia del valor de aquel a quien roe, en tanto que el zafio e ignaro que critica, lo hace siempre por torpeza y malignidad congénita.

La crítica, la crítica literaria, tal cual la ha ejercido el Dr. Víctor Pérez Petit, no consiste en andar pescando mojarritas en la redada de un escritor, ni por el contrario, buscar sólo las piezas nobles y bellas para realzar al juzgado por el crítico. Consiste, sí, en señalar bellezas y errores, siempre que éstos sean de magnitud y no consistan en una simple falta de ortografía, un descuido en la puntuación y aún el uso de una palabra no consagrada académicamente o empleada en sentido equivocado. No son los signos ni los vocablos, sino los párrafos, los pensamientos, las ideas lo que el crítico debe avalorar. Y esto es lo hecho por el Dr. Pérez Petit en sus estudios sobre Wagner y Goethe, tan admirativo del primero como contenido en el del segundo, a quien halla menos elevado que Marlowe y Calderón, pese al basamento sobre que la vanidad alemana le colocó, quizás por ser un típico ejemplar del pueblo alemán, devoto de sus reyes y emperadores, como lo es hoy con sumisión repulsiva de su actual conductor.

Para conocer a Wagner y a Goethe es necesario leer el tomo **"De Weimar a Bayreuth"** del crítico uruguayo, como para justipreciar su cultura clásica se impone la lectura del tomo **"Humaniores litterae"** revelación de unos conocimientos que serán muy pocos entre los jóvenes uruguayos de hoy los que los posean. El latín se ve que le es tan familiar al autor como el castellano. Traductor magistral de poesías latinas, no sólo ha penetrado en el espíritu del idioma del Lacio, sino que le son familiares Lucrecio y Horacio, Cicerón y Virgilio. Para completar este primer volumen de la reimpresión de sus obras, el Dr. Pérez Petit hace una maravillosa descripción del castellano cuyas bellezas canta con amor de apasionado de nuestra hermosa lengua. Y sinceramente, con sinceridad no por todos alcanzada, abre el libro con una extensa "Confidencia" en que se muestra al lector con el alma desnuda dándose a conocer tal como él se ve, dejando traslucir más todavía de lo que él mismo encuentra en sí, pues el lector como el espectador siempre alcanza a vislumbrar en quien escribe o actúa algo más que lo que el escritor mismo percibe de sí.

Quien conoce el latín como el castellano y es hijo de su tiempo, de ese último tercio del siglo francés por excelencia, tan pletórico de escuelas literarias y grandes escritores, indispensablemente tenía que ser un admirador de la literatura francesa. Con claridad de día de buen sol, lo evidencia él en **"Los ojos de Argos"**, tomo dedicado a las figuras de primer plano de la literatura francesa. Y se especializa con los grandes críticos en los cuales, sin duda, halló su vocación y le sirvieron de mentores.

Toca de paso otras literaturas, buscando en los críticos de las más diversas naciones, ejemplos para robustecer su sentido de la crítica literaria, que es, dice, una forma también de la literatura.

"Los ojos de Argos" es el tomo de los publicados hasta ahora en que más resalta la erudición del autor y más aguda se muestra su percepción, la vivacidad de su mirada para discriminar en los escritores, el oro puro de la chafalonía de los maldotados o de los que por pereza no trabajan sus obras ni ponen en ellas más conocimientos que los adquiridos al pasar, si es que no son simplemente mercaderes que tratan tan sólo de explotar el gusto del público grueso.

El cuarto volumen, último aparecido, tiene el impreciso título de **"Lecturas"** que, por lo demás, podría comprender a los tomos precedentes, pues de sus lecturas el doctor Pérez Petit ha sacado sus juicios y de ellas mismas el caudal millonario de conocimientos que le sirven para dar a cada escritor su valor apropiado.

"Lecturas" se refiere a los escritores españoles. Comprende una conferencia pronunciada por él sobre Cervantes y el Quijote, aportando, amén del juicio crítico de la obra del escritor máximo de nuestro idioma, datos de su vida azarosa y desdichada rectificando algunos errores de los muchos que contienen las diversas biografías del ingenioso autor de Don Quijote.

Aparte de esta conferencia, figuran en el tomo sendos estudios de Pérez Galdós y Pereda, seguramente los escritores cumbres de la España finisecular. La obra monumental del autor de los Episodios Nacionales, que son una España íntegra con sus tipos encontrados, sus costumbres, sus luchas, sus prejuicios, su vivir un tanto exótico y sus reacciones, nobles unas veces y poco disculpables en ocasiones, comprende sus novelas que cabría denominar ejemplares, de seres que en una u otra forma figuraban aparte del montón, con vida individual, propia y sus problemas religiosos, morales, económicos, partidistas, algunos de cuyos como "Doña Perfecta", alcanzan el nivel de los grandes personajes novelescos de la literatura mundial.

Hacia Pereda, el Dr. Víctor Pérez Petit siente admiración intensa. Se explica porque si es creadora de figuras de la Montaña, de una realidad viva, es al mismo tiempo un brujo del color. El escenario en que sitúa a sus personajes atrae la atención del lector de un modo irresistible. Y es ahí, en esa magia del colorido y esa animación de los lugares en que los montañeses se mueven, luciendo con donaire sus costumbres, en donde está la causa de la admiración sin reservas del autor de "Lecturas". Completan el tomo las figuras de los críticos Clarín y Valbuena, tan excelso el uno, como mediocre el segundo.

Por lo mucho que enseñan las obras del doctor Pérez Petit por el saludable espíritu crítico con que han sido escritas, por la belleza de su lenguaje, la reedición completa de ellas significa un acierto oficial, puesto que han de contribuir al incremento de la cultura en el país, enseñando al par que deleitando, que es el verdadero arte de enseñar.

EDUARDO G. GILIMON.

LA NACION DESCONOCIDA:

UNA REPUBLICA IMPERIAL

COMO las naciones imperiales europeas, a semejanza de Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica, Italia o España, posee Colombia territorios coloniales extensos y valiosos, de notoria potencialidad económica, de escasa población, en estado primitivo, inexplorados e inexplotados en su mayor parte. La nación soberana e independiente, con industrias, ferrocarriles, museos, universidades, monumentos, carreteras, ciudades, cultura, civilización, señalados escritores, prominentes ciudadanos, políticos y literatos, que llamamos Colombia, está formada por las tierras y gentes que demoran en los tres ramales de los Andes, sus valles, planicies, hoyas, faldas y serranías; cuenta con 9.275.790 habitantes, en su mayoría de raza blanca, con un porcentaje moderado de negros y mestizos y ocupa un territorio de 482.600 kilómetros cuadrados, aproximadamente. Es en verdad, por sus instituciones políticas, su organización, su cultura general media, el desarrollo agrícola e industrial, su comercio, sus sistemas bancarios y monetarios, sus leyes y autoridades, su organización fiscal y tributaria, una nación culta y en pleno desarrollo. Existe a este respecto la creencia de que esta república que hemos descrito es mucho inferior y más salvaje y atrasada que cualquiera de Europa, lo que en verdad es error, pues si se la parangona con España o con Hungría, con Polonia o con Rumania, encontramos fácilmente que el promedio de vida y cultura, de pueblos y de ciudades, es muy semejante. Pero esa equivocada creencia propia y ajena se origina en que se confunde a la nación colombiana con su imperio, con sus colonias. Estas, cuya población indígena o negra, es de sólo 319.600 habitantes, y cuyo extenso territorio de 656.555 kilómetros cuadrados, es totalmente salvaje, cubierto de selvas vírgenes o de ilímites y desiertas llanuras, en nada se diferencian de Kenia, Tanganica, Sumatra, Borneo, Congo, Indochina, Nueva Guinea, Guayana, Birmania o Marruecos, pues permanecen en el mismo primitivo estado en que yacían cuando pertenecieron al imperio español, trescientos años hace. Nuestras colonias, no distintas a las asiáticas o africanas de las grandes potencias, se denominan "comisarías" e "intendencias", y se intitulan Vaupés, Casanare, San Martín, Putumayo, Meta, Caquetá, Amazonas, Chocó y Goajira, y su sola diferencia con aquellas otras es que demoran cercanas al imperio aunque de él incomunicadas por carencia de vías y transportes.



Quienes vivimos en la metrópoli poco o nada sabemos de nuestras abandonadas colonias ignotas, pues ora la posesión sin sobresaltos y el lejano temor de perderlas, ya los menguados recursos en hombres y dineros para civilizarlas, cuando el ningún esfuerzo en adquirirlas y en veces el desdén por sus riquezas, han esfumado toda preocupación por territorios que otros pueblos estarían dispuestos a conquistar con el sacrificio de sus hombres y de sus riquezas. La guerra del Sur diónos a conocer superficialmente las regiones coloniales del Caquetá, el Putumayo y el Amazonas, y ya hoy el Cotué y el Orteguaza, los saltos del Araracuara o el puerto de Caucayá, son nombres que hemos oído otras veces y que quizás podemos localizar en un mapa; y los mismos llanos orientales, otrora ignotos y fantásticos, entraron al dominio de las mentes colombianas por la descriptiva novela de Rivera y por la vía que los puso a unas horas de la capital, pero las otras colonias, la Goajira y el Vichada, el Vaupés o el Chocó, nos son tan desconocidas cuanto pueden serlo la Somalía o el Indostán.

Esta verdad tan sencilla, tan vivida y tan nuestra, con la que nos hemos compenetrado hasta juzgar necio el mencionarla, tiene sin embargo decisivo y trascendente alcance, y puede afirmarse que decide de nuestra vida y conforma el futuro de nuestra nacionalidad. Cuando en lo por venir optemos por fraccionar en metrópoli y colonias este país, hoy lamentablemente confundido, se verá surgir poderosa la metrópoli y se iniciará la civilización, la explotación y el desarrollo de los territorios coloniales. Nunca pensó España que las leyes y la organización del reino fueran aplicables al imperio, y de allí la sabia legislación para las Indias Occidentales, y para la Nueva España; la Recopilación Granadina y cuantas reales órdenes y cédulas forman el genial acopio de aquella legislación colonial. Dado que el desarrollo industrial, económico y político de la España de aquellos tiempos era muy mucho inferior al nuestro de ahora, la diferencia entre la metrópoli y sus colonias entonces era infinitamente más pequeña a la que hoy va de nuestros territorios coloniales estáticos a nuestra civilización trescientos años superior a la de Carlos V o Felipe. La Gran Bretaña o Francia o Bélgica no han creído jamás que las leyes y organización de su Estado puedan amoldarse a sus colonias, ni éstas al sistema y organización de aquél, y por ende una nación que ha pretendido unificar sus sistemas, su legislación y su vida en forma que sea aplicable simultáneamente a la metrópoli civilizada y a las colonias primitivas y salvajes, ha entrabado el progreso nacional y paralizado el desarrollo colonial. Cómo es posible, se preguntan gentes observadoras y de entendimiento, que un mismo sistema tributario se aplique en la urbe civilizada como Bogotá, Medellín o Barranquilla, y en la manigua del Opogodó o en la pampa inhóspite del Meta? Y será por ventura discreto y acertado que el régimen de la propiedad o de las aguas que regula los fundos en la Sabana o en el Valle sea el mismo aplicable en las selvas del Vaupés o en las estepas goajiras? Algunas aisladas y escasas excepciones hanse consagrado para los territorios, pero apenas si forman un mínimo en la legislación y en la organización nacional: requiérese hacer completa e integral legislación diferente para las colonias, y todo un sistema administrativo, judicial, tributario y social, esencialmente distinto, de esta manera ni la legislación para la metrópoli se verá recortada, detenida o estorbada por las colonias, ni éstas paralizadas por normas que las estrangulan y agobian.

En Inglaterra y Bélgica las gentes y los capitales que trabajan en colonias han tenido garantías y privilegios tales como reducción y casi anulación de impuestos de renta, de capital y otros muchos; los años allí trabajados se computan dobles o aún triples para jubilaciones y garantías sociales y hasta llegan los privilegios a garantir a los capitales que en ellas se radiquen un porcentaje de reintegro por el Estado en caso de pérdida total o parcial.

No puede ser posible que el capitalista colombiano invierta en las colonias sus haberes, si los mismos impuestos y gravámenes lo afectan al trabajar cómodamente en la Avenida de la República o en las orillas de Iscuandé, si la misma protección le brinda el Estado a su capital empleado en cédulas del Banco Central Hipotecario que arriegado en las selvas del Atrato. Y el trabajador, el obrero, el médico o el ingeniero, han de preferir necesariamente la ciudad acogedora a la selva hostil, si ante la ley y el Estado igual mérito tiene el trabajo en ésta que en aquélla.

Son realidades colombianas en las que apenas si paramos mientes y que no aminoran ni decrecen por el hecho de que otras naciones de la América Hispana se encuentran en circunstancias más o menos similares a las nuestras, lo que tan sólo indica que la lenta y bregosa marcha hacia el progreso de nuestras naciones, con este fardo agobiador, ha sido más difícil y tornado más dura la jornada.

No contamos para la dominación de las tierras coloniales con el valioso factor que paísses imperiales han tenido al adelantar empeño semejante; no tenemos la mística patriótica de engrandecimiento y expansión; media entre aquellas naciones y la nuestra similar diferencia a la que existe entre el latifundista y el colono; un título y una legislación otorgan al amo y señor de extensas privanzas incultas, la serena y tranquila posesión y el orgullo de ser dueño; en cambio el colono está avivado por el deseo de poseer, por el ansia de adquirir, por el anhelo de asegurar el futuro a sus descendientes; el uno permanece estático, se limita a conservar, con el título y al amparo de la ley, pero jamás intenta internarse en su latifundio a descuajar la selva, construir su casa y heredad, plantar sus dehesas, cultivar los plantíos, cercar la huerta, ver en aumento la vacada y cosechar la mies, sueños éstos del colono que crean, transforman y enriquecen; nosotros somos el latifundista indolente y los países imperiales han sido colonizadores aguijoneados por el ansia del patrío engrandecer y del futuro bienestar. Si a circunstancia de tal forma decisiva aunamos la de que aquellos países han otorgado a sus hombres premios y privilegios por domeñar las tierras coloniales y a éstas las dotan de legislación, normas y organismos apropiados, es fácil comprender cuál el motivo de no haber nosotros en cien años de independencia realizado labor alguna de adelanto en nuestras colonias en donde la vida, los hombres y los tesoros yacen abandonados cual lo estuvieron trescientos años atrás.

Si en el mundo de los hombres el derecho del latifundista a mantener inculta y abandonada la inmensa heredad se ha visto restringido por principios vitales de necesidad y humanidad, es seguro que en la vida de los pueblos, doctrinas cual la del "espacio vital", bien pronto anularán el derecho de países imperiales sobre colonias abandonadas y sustraídas a la civilización la producción y el humano esfuerzo. No sería por endo insensato aspirar a que esta nación colombiana se preocupase un tanto por las colonias, para que su riqueza en bosques, aguas, tierras, yacimientos y minas no sea ocasión más tarde al dolor de las venturas generaciones y a la concupiscencia dominadora de razas extrañas. Día llegará en que sociólogos y estadistas profundicen éstas hoy en apariencia insulsas reflexiones, para de ellas procurar consecuencias que trasformen a este bello y exótico país colombiano. Han venido a mi mente con ocasión del proyecto que, en desarrollo de cierta única disposición constitucional, presentó el primer ministro a los legisladores con el ánimo de "proveer a la organización administrativa" de la más vasta y primitiva extensión territorial colombiana.

JOSE LUIS TRUJILLO GOMEZ.

(DIBUJO DE TRUJILLO)



ENTRE DOS ENEMIGOS

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS





















"PUBLICIDAD"

Casa Soler

SECCION NIÑAS
INTERESANTES OFERTAS



CAMISON EN JERSEY GAMUCINA CON FRIZA INTERIOR TALLE 1-2 $ 3.00
AUMENTO 0.50 CADA 2 TALLES



PANTALON PARA DORMIR EN PUNTO DE ALGODON TALLES 3 AL 5 $ 1.40, 0 AL 2 . $ 1.10



CAMISETA algodón afelpada, talle 2 al 4 $ 0.55
Aumento $ 0.10 cada 2 talles

BOMBACHA en punto de algodón Interlok, talle 2 al 4 $ 0.80
Aumento $ 0.20 cada 2 talles

ROPA INTERIOR DE ABRIGO



ENAGUA en punto de lana, talle 2 al 4 . $ 1.50
Aumento 0.25 cada 2 talles

ENAGUA en punto de algodón y seda, talles 2 . . $ 1.55
Aumento 0.25 por talle



CAMISON en franela estampada super calidad, talles 4 al 6 . $ 3.20
Aumento $ 0.30 cada 2 talles

MAMELUCO para dormir en punto, con friza interior talles 1 al 2 $ 2.10
Aumento $ 0.40 cada 2 talles



ENAGUA en punto de lana, talle 2 al 4 $ 1.60
Aumento $ 0.30 cada 2 talles

CAMISON en punto de algodón con friza interior talle 1 - 2 $ 2.20
Aumento $ 0.25 cada 2 talles

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS COMPRAS CONTRA REEMBOLSO



CAMISETA ALGODON AFELPADA, SUPERIOR CALIDAD TALLE 2-4 $ 0.80
AUMENTO 0.10 CADA 2 TALLES

CULOTTE EN PUNTO DE ALGODON INTERLOK TALLES 4 AL 6 $ 0.90
AUMENTO 0.20 CADA 2 TALLES



PANTALON PARA DORMIR EN MALLA PLUCH, FRIZA INTERIOR TALLE 0 AL 2 $ 1.40
AUMENTO 0.25 CADA 2 TALLES



CAMISON en jersey Mercerizado talle 2 . $ 2.00
Aumento $ 0.20 por talle

EN NUESTRAS TRES CASAS

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. GOES
Av. GAL. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT

SUC. CORDON
Av. 18 DE JULIO 1601
Esq. CARLOS ROXLO